

rencias. Estos plenipotenciarios eran por parte de Austria el mariscal de campo conde Lacy, el vice-canciller áulico y de Estado conde Felipe de Cobenzl, y el secretario de Estado baron de Spielmann; y por parte de Prusia el duque de Brunswick y el ministro de Estado, de Guerra y de gabinete conde Schulenburg. En la primera conferencia solo se adoptaron medidas militares (1); en la segunda (2) se decidió que las tropas de los emigrados no tomaran parte en la lucha como cuerpos independientes; que 8,000 hombres á las órdenes de los dos hermanos del rey constituyeran una parte integrante del ejército prusiano, el cual debía proveerles de víveres y forrajes; que el resto se agregara al ejército austriaco; que los 5,000 hombres mandados por el príncipe de Condé y el general Bouillé se reunieran al ejército austriaco que se encontraba en Breisgan, á las órdenes del conde de Wallis; y otros 4,100 entrasen á formar parte del ejército que á las del conde Elerfayt permanecía en los Países Bajos. En la tercera sesión (21 de julio) (3) se dió cuenta por los prusianos del convenio en virtud del cual el landgrave de Hesse se manifestaba dispuesto, á cambio de la promesa de la dignidad de elector, á proporcionar por su cuenta 6,000 hombres para la guerra contra Francia. Acto continuo se tocó la cuestión más importante: la de la «indemnización á las dos cortes.»

Ya no se habló entonces de la compensación, hecha á costa de Francia, por medio de la cesión de la Alsacia y Lorena, tal como la había propuesto anteriormente Federico Guillermo, sino que se trató de la permuta de Baviera y de los margraviatos, por un lado, y por otro del engrandecimiento de Prusia en Polonia. El plan de permuta de Baviera y los Países Bajos fué aceptado sin reserva por los prusianos, lo propio que el principio de igualdad en las compensaciones de ambas potencias. Como único medio satisfactorio de compensar la permuta de Baviera propúsose al conde Schulenburg la cesión de los margraviatos de Ansbach y de Bayreuth con el engrandecimiento del lote prusiano de Polonia. El protocolo hace constar que el conde Schulenburg contestó que S. M. estimaba en mucho aquellos principados por ser países patrimoniales de su familia, pero no insistió mucho en esta base de negativa, antes al contrario,—cuando se le hubo manifestado repetidas veces que no había otro medio de arreglo y que en caso de que la repulsió del rey hacía el plan propuesto fuese invencible habría que renunciar por completo á la cuestión de las indemnizaciones,—no titubeó en llevar el asunto al terreno que había de conducir á Prusia á la conquista de Polonia, para proporcionar á su corte, además de la ventaja expresada, la compensación por la cesión de los margraviatos, en el caso de que el rey se decidiera á hacerla. Schulenburg manifestó que el deseo de Prusia era adquirir los palatinados de Posen, Kujavia y Kalisch y una pequeña porción de la Sieradia, cortada por el Proсна. Ambas partes consignaron en una memoria sus declaraciones acerca de este punto. El conde Schulenburg prometió informarse de las decisiones del rey respecto de Ansbach y Bayreuth y comunicarlas por conducto del príncipe de Reuss, conviniendo ambas potencias en que el asunto se tratara en lo sucesivo «por la vía ministerial.» No se había, pues, llegado á un acuerdo, pero tampoco se había tenido una discusión que fuera causa de un rompimiento.

Un punto muy importante se discutió en Maguncia, después de haber sido ya anteriormente discutido en Francfort, á saber: la redacción del manifiesto que al penetrar los alia-

(1) Cobenzl á Kaunitz, 31 de julio de 1792. Bivenot, II, pág. 155.
(2) Protocolo de la conferencia de Maguncia. Bivenot, II, págs. 145-146.
(3) Suplemento al protocolo. Bivenot, II, págs. 147-149.

dos en Francia estaba destinado á atraer á su causa y alentar á la parte sana de la nación, quebrantando de tal suerte á los jacobinos que estos, por temor de perder la vida, no se atreverían á inferir daño alguno al rey ni á su familia. En 24 de julio envió María Antonieta al conde Fersen, que entonces como antes seguía trabajando en Bruselas por ella, una carta urgente en que le decía: «En el transcurso de esta semana la Asamblea va á acordar su traslación á Blois y la suspensión del rey. Cada día se produce una nueva escena, pero siempre en el sentido de la ruina del rey y de su familia, habiéndose dicho en plena Asamblea nacional que si no se destituya al monarca se le asesinará. Los que tal dijeron se han visto colmados de distinciones. Decid, pues, al señor de Mercy que las vidas del rey y de la reina están en inminente peligro; que la pérdida de un momento puede ser causa de incalculables males; que es preciso publicar inmediatamente el manifiesto; que se le espera con gran ansiedad; que con él se agrupará mucha gente al rededor del rey y se pondrá su persona en seguridad; que de lo contrario nadie puede responder de nada, ni siquiera por veinticuatro horas, pues el número de los asesinos se aumenta constantemente (4).» Este grito de angustia de la infeliz reina demuestra que en las Tullerías se consideraba el manifiesto de los aliados como el último medio de salvarse del gran peligro que amenazaba; que de él se esperaban todos los milagros que antes se habían esperado de un «congreso armado» de las potencias. La extraordinaria importancia que á la publicación de aquel manifiesto se daba prueba que la reina en 1792 había hecho ya cuanto de su parte podía para alcanzar secretamente entre los mismos aliados cierta influencia para dar un paso tan trascendental.

Vivia en París, desde el año 1784, un distinguido periodista, que en vida fué maltratado por sus contemporáneos y cuya memoria ha sido rehabilitada por la posteridad: era este Mallet du Pan, redactor político del *Mercur de France* (5), hombre que escribió la historia francesa de sus días no como periodista, sino como verdadero historiador que sabe buscar la razón de ser de los sucesos y como político á quien es dado calcular de antemano su curso y sus consecuencias. Nació en 1749 en Celigny, á orillas del lago de Ginebra; y siendo erudito precoz é intrépido patriota habíase lanzado á la edad de veinticuatro años á la ruda lucha de partidos de la república de Ginebra, adiestrándose en una escuela que posteriormente encontró en Francia, bien que en formas nuevas y en mayores proporciones. Ya en los comienzos de su vida periodística había escrito: «Estoy convencido de que deben dejarse á un lado las definiciones y los tratados metafísicos para entrar de lleno en la política experimental: del fuego de la verdad histórica ha de salir la llama de la legislación (6).» En 1790 publicó en el *Mercur de France* la siguiente profesión de fe: «Habiendo nacido en una república, he tenido durante veinte años delante de mis ojos el espectáculo de las pasiones que son un obstáculo para la libertad, tales como el fanatismo político, el espíritu de partido, el abuso del lenguaje y la desdicha pública, y he podido, por tanto, ver el resultado de todo. Por eso he aprendido, por lo menos, á desconfiar de las opiniones extremas, de las tentativas de sistema, de las violencias, de las injusticias, de los juicios falsos ó falseados que viven en el mismo seno de las revoluciones necesarias, como nacen los malos

(4) Klinckowstrom: *Le comte Fersen et la cour de France*, II, págs. 332-333.
(5) Una pintura magistral del mismo hace H. Taine en el prólogo de la *Correspondance inédite de Mallet du Pan*, publicada por Michel (París, 1884), I, págs. 1 á XVI.
(6) Sayous: *Mém. et corresp. de Mallet du Pan*, I, págs. 24-25.

insectos con el vivificante sol del estío. A los cuarenta años, un republicano prudente que ha vivido veinte en medio de las tempestades de la política, no puede hacerse cómplice de locuras, sea quien fuere el que las cometa (1).» Mallet du Pan, carácter eminentemente viril, independiente, incorruptible, sincero y valeroso como ningún otro periodista de aquel tiempo, combatió con la misma energía así á los ministros del antiguo régimen como á los tiranos del nuevo, en nombre del derecho, del orden y de la verdadera libertad. ¡Cuántas veces dijo: «Podeis destruir lo que yo escribo, pero no conseguireis arrancarme una sola línea contra mi conciencia (2)!» Y cuando, á fines de 1790, los patriotas del Palais Royal, que durante largo tiempo le habían anatematizado como «aristócrata» y «enemigo de la Revolución», fueron á verle con el objeto de hacer una última tentativa para convertirle, contestóles las siguientes palabras: «Podeis incendiar mi casa y llevarme al cadalso; pero no lograreis de mí una apostasía (3).» En su patria, Ginebra, había aprendido á mirar como enemigos de la libertad al despotismo y al fanatismo de los partidos, y lo que allí había visto en pequeño, la Revolución francesa se lo ofrecía en grande escala. En la monarquía constitucional despojada del feudalismo veía el poder destinado á enfrenar los partidos, á contener su despotismo y á convertir su fanatismo en mejores sentimientos. Con celo, perseverancia y heroísmo sin iguales combatía en pro de esta monarquía que era el bello ideal de los Mounier, Lally-Tolendal y Malouet. «Cree ó muere,» tal era el grito de guerra de los jacobinos, y ningún escritor supo combatirlo con tanto valor como Mallet du Pan. En 10 de marzo de 1792, todavía se atrevió á escribir: «Ha llegado el día en que todos los que poseen algo comprendan que se encuentran á punto de sucumbir ante la anarquía: así pagarán la ceguera con que una gran parte de ellos contribuyó á legitimar los primeros latrocinios, por ser los ladrones, á sus ojos, patriotas; así pagarán la indiferencia con que vieron cómo se destruían los poderes gubernativos y se armaba á toda una nación; cómo se echaba abajo toda autoridad con la creación de un gran número de indisciplinadas corporaciones y cómo se cortaban todos los lazos de la policía y del poder del Estado. No podemos hacernos ilusiones: en la situación en que nos encontramos, el patrimonio de los que tienen que perder será el botín del más fuerte. Ninguna ley, ningún gobierno, ninguna autoridad puede ya proteger sus bienes contra la indigencia armada que se apresta á banderas desplegadas para la guerra del robo (4).» La dominación del Estado y de la sociedad por los desheredados, elevados al poder por el club de los jacobinos, era la grande y terrible catástrofe que preveía y que con espantosa naturalidad describió en su despedida de 7 de abril (5). Contra esta fatalidad era inútil luchar con la pluma; por eso Mallet se decidió á emigrar mientras á él y á los suyos les era posible todavía huir de un enemigo irritado y dispuesto á toda clase de crímenes. Cuando en 21 de mayo de 1792 salió de Francia, recibió del rey el encargo de decir á los príncipes emigrados y á los monarcas aliados lo que debían hacer y dejar de hacer para que la espada de la Europa monárquica cayera únicamente sobre los culpables y no alcanzara á los inocentes.

Las instrucciones que consigo llevó Mallet (6) se referían especialmente al manifiesto que debía preceder á las tropas

aliadas y publicarse en Francia, y cuya impresión sobre los ánimos debía romper las cadenas que tenían sujeto físicamente al rey y moralmente á toda la parte sana de la nación. Mallet du Pan creía formalmente que si el poder de los jacobinos se había aumentado tanto en los últimos meses, era porque los jacobinos no pensaban ya en la guerra ni creían en la disciplina producida por un poder armado superior. Cuando á mediados de julio (entre el 15 y el 18) se avistó en Francfort con los condes Cobenzl y Haugwitz, hizo ver la necesidad de una manifestación pública tal como él la recomendaba: entonces nadie se acordaba de la guerra ni en París ni en provincias, y á los franceses les tenía tan poco cuidadosos como las batallas de los ingleses en las Indias orientales, pues aun cuando los periódicos daban cuenta de la marcha de las tropas extranjeras, cien folletos populacheros mantenían la seguridad en el ánimo de los parisienses. El silencio completo que guardaban las potencias desde la declaración de guerra hecha por la Asamblea, el sistema de lucha defensiva que se seguía en Brabante, la escasa importancia de los desastres de Mons y Tournay y la aparente impotencia de los emigrados habían llevado al extremo la embriaguez producida por los horrores del 20 de junio, que habían de producir otros horrores todavía, si no se hubiese pronunciado una frase incisiva que recordó á los ébrios toda la gravedad de su verdadera situación (7).

La inteligencia con los plenipotenciarios de Austria y de Prusia era completa: ambos hablaron mal de la corte de Coblenza, diciendo que no querían saber nada de sus planes políticos ni militares; ambos declararon que ni Austria ni Prusia pensaban en mutilar la Francia ni en intervenir en la obra de su regeneración interior, que dejaban completamente abandonada á la sabiduría del rey y á su acuerdo con la nación. Estos eran los puntos principales del manifiesto, cuyo borrador había llevado consigo Mallet; y cuando con tales promesas hubo obtenido la aprobación expresa del texto, miró como conseguido el objeto de su misión (8).

Mallet, sin embargo, no reconoció su manifiesto en el que publicó en 25 de julio el duque de Brunswick en el cuartel general de Coblenza (9) y que el 27 llegó á París, y atribuyó la mala impresión que este documento produjo á las modificaciones que en el primitivo texto se introdujeron. No es posible juzgar del número é importancia de estas modificaciones, porque no se ha conservado el borrador redactado por Mallet; sin embargo, puede afirmarse que los pensamientos capitales del manifiesto del duque de Brunswick eran los mismos que los contenidos en el redactado por Mallet y aprobado en Francfort, y que por consiguiente solo podían existir diferencias en las palabras. El manifiesto del duque estaba dirigido contra «la facción que sojuzga á la Francia, que sujeta al rey y á la reina, que confisca arbitrariamente los derechos y propiedades de los príncipes alemanes de Alsacia y Lorena, y que ha declarado la guerra á la majestad imperial.» Esta era la diferencia entre la Francia y los jacobinos que Mallet había hecho resaltar. De lo expuesto se deduce que los aliados querían únicamente la felicidad de la Francia y «no deseaban enriquecerse por medio de conquistas;» que no pretendían «mezclarse en la administración interior de Francia, sino libertar de su prisión al rey, á la reina y á la familia real y dar á S. M. Cristianísima la seguridad necesaria para que pudiera, sin peligro y sin obstáculo alguno, hacer las convocaciones convenientes y asegurar fuertemente el bienestar de sus súbditos.» Esto era lo mismo que había

(7) *Mém.*, I, pág. 311.
(8) *Mém.*, I, págs. 306-309.
(9) Insertado íntegro en la *Hist. parl.*, XVI, pág. 276. Luis Blanc, tomo VII, págs. 465-468.

propuesto Mallet (1), solo que él no había hablado de «convocaciones;» pero esta adición estaba destinada á causar una impresion favorable, pues significaba que el rey, no por propio capricho, sino aconsejándose de la nacion, queria llevar á cabo la nueva obra constitucional.

El párrafo en virtud del cual se hacia responsables con sus vidas y haciendas á las autoridades de los departamentos,

distritos y municipios de todos los excesos anarquistas que en lo sucesivo pudieran ocurrir, correspondía textualmente á las instrucciones que Mallet había recibido (2), y únicamente un principio de los contenidos en el documento del duque de Brunswick no estaba redactado en la forma en que lo había escrito Mallet. Tal era el octavo, causa única del descrédito del manifiesto. Decía así:



Luckner

Kellermann

«Se intima á la ciudad de Paris y á todos sus habitantes sin distincion alguna, que inmediatamente y sin vacilar se sometan al rey, pongan en completa é incondicional libertad á este príncipe y le aseguren, como á las demás personas de la familia real, la inviolabilidad y el respeto que los súbditos deben á sus soberanos por el derecho natural y de gentes. De todo lo adverso que suceder pudiere, SS. MM. el emperador y el rey hacen responsables personalmente con su vida

(1) *Mém.*, I, pág. 286.

ante un consejo de guerra que no ha de conceder gracia, á todos los miembros de la Asamblea nacional, del departamento, del distrito, del municipio y de la guardia nacional de Paris, á los jueces de paz y á todos aquellos de quienes tal responsabilidad deba exigirse. Además las citadas majestades dan su palabra de emperador y de rey de que en caso de ser atacado ó profanado el palacio de las Tullerías, y que se maltrate ó se insulte á las majestades del rey, de la reina

(2) *Mém.*, I, pág. 286.

y de la real familia, tomarán ejemplar venganza, de la cual han de acordarse eternamente, entregando la ciudad de Paris á una ejecucion militar y á una destruccion completa y dando muerte á los rebeldes que se hayan hecho reos de tales atentados. En cambio, SS. MM. el emperador y el rey prometen á los habitantes de la ciudad de Paris interceder en el ánimo de S. M. Cristianísima para que les perdone sus injusticias y sus errores y para que se adopten las mas severas disposiciones para la seguridad de sus vidas y haciendas, con tal que obedezcan inmediata y puntualmente las anteriores intimaciones.»

En este párrafo, y sobre todo en el citado pasaje, reconocemos el lenguaje de Gustavo III (1) y el del general Bouillé (2). Probablemente fué debido á la pluma de los emigrados, á los cuales hace Mallet du Pan responsables de la desnaturalizacion de su borrador (3) y de haber dado un pretexto que explotó la prensa de los jacobinos. Sin embargo, preciso es hacer constar que aquellas «duras amenazas» contra todos los que atentaran á las personas del rey y de su familia habían sido expresamente convenidas en la conferencia ministerial austriaca de 17 de julio.

Imposible es saber si con un manifiesto redactado en for-



Batalla de Valmy

mas mas suaves se hubiera conseguido lo que con este no pudo obtenerse: de todos modos, para nosotros tiene este documento grandísima importancia, porque él nos demuestra la conformidad que entre Luis XVI y los aliados existía respecto del objeto de su empresa.

El manifiesto no era una declaracion de guerra de pueblo

(1) Véase mas arriba. El rey Gustavo había muerto en 29 de marzo de 1792 de resultas de la herida que el día 16 le había sido traídoramente inferida por Ankarström.

(2) Véase mas arriba.

(3) *Mém.*, I, pág. 317. Como autor, cita al marqués de Limon, y acerca de esto escribe también el conde de Fersen en 18 de julio de 1792 lo siguiente: «En este momento recibo la declaracion del duque de Brunswick que está perfectamente: es la de Mr. de Limon, y él es quien me la envía.» En 29 de julio escribía también á propósito del manifiesto: «Yo soy quien lo ha mandado hacer por Mr. de Limon, el que antes estaba con el duque de Orleans.» Klinckowstrom: *Le comte de Fersen*, II, págs. 337-338. Con esto queda explicada la duda de Ranke: *Sus obras*, 45, pág. 197.

á pueblo, de Estado á Estado; era únicamente un cartel de desafío contra un partido que se divorciaba por completo de la nacion y un llamamiento formal á esta dirigido, para que se pusiera al lado de los aliados y se levantara contra aquel partido (4). Tres años hacia que los emigrados no cesaban de anunciar el levantamiento del país, y el que no podia contestar á sus afirmaciones por falta de conocimiento propio exacto, debía considerarlas como fidedignas. Era natural creer que la cruel tiranía de los clubs que dominaba en Francia, tenia indignada por lo menos á la mitad de la nacion.

(4) En el artículo 5.º del manifiesto de 25 de julio se decía: «Convencidos de que la parte sana de la nacion francesa detesta los excesos de una faccion que la subyuga, y de que la mayoría de los habitantes espera con impaciencia el momento del socorro para declararse abiertamente contra las odiosas empresas de sus opresores, S. M. el emperador y S. M. el rey de Prusia hacen á estos un llamamiento invitándoles á que vuelvan, sin tardanza, á la senda de la razon y de la justicia, del orden y de la paz.»